



Benjamín Chávez:

# 20 años después

*A dos décadas de la muerte de uno de los escritores más geniales del mundo, un homenaje al maestro, sobre algunos aspectos de su obra y la escritura de una novela.*

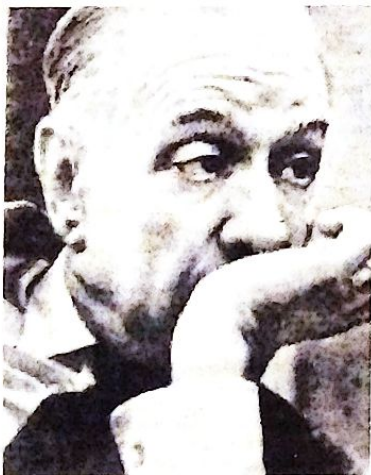
Jorge Luis Borges

## Ginebra

De todas las ciudades del planeta, de las diversas e íntimas patrias que el hombre va buscando y mereciendo en el decurso de los viajes, Ginebra me parece la más propicia a la felicidad. Le debo, a partir de 1914, la revelación del francés, del latín, del alemán, del expresionismo, de Schopenhauer, de la doctrina de Buddha, del Taoísmo, de Conrad, de Lascadio Hearn y de la nostalgia de Buenos Aires. También la del amor, la de la amistad, la de la humillación, y la de la tentación, del suicidio.

En la memoria todo es grato, hasta la desventura. Esas razones son personales; diré una de orden general. A diferencia de otras ciudades, Ginebra no es enfática. París no ignora que es París, la decorosa Londres sabe que es Londres, Ginebra casi no sabe que es Ginebra. Las grandes sombras de Calvino, de Rousseau, de Amiel y de Ferdinand Hodler están aquí, pero nadie las recuerda al viajero. Ginebra, un poco a semejanza de Japón, se ha renovado sin perder sus ayer. Perduran las callejas montañosas de la Vieille Ville, perduran las campanas y las fuentes, pero también hay otra gran ciudad de librerías y comercios occidentales y orientales.

Sé que volveré siempre a Ginebra, quizá después de la muerte del cuerpo.



Este texto pertenece al libro *Allus* (1984)



En un bello texto epitafio, Octavio Paz decía que es difícil resignarse ante la muerte de un hombre querido y admirado. Desde que nacemos esperamos siempre la muerte y siempre la muerte nos sorprende. Ella, la esperada, es siempre la inesperada. La siempre inmerecida. No importa que Borges haya muerto a los 86 años: no estaba maduro para morir. Nadie lo está, cualquiera que sea su edad.

Fama, la diosa griega hablale prodigado mimos hacia el final de esa larga y fecunda vida donde nadie como él supo moverse, ágil al principio, apoyado en su bastión después, pero siempre tímido y brillante, entre los suburbios de su ciudad, la pampa, los compadritos, las bibliotecas, los mil destinos de su ailla personal, los laberintos, claras metáforas de un mundo vindicado por una de las sensibilidades más intensas que hayan existido.

El turblo y lento Río de La Plata, presente desde el inicio, tanto que Borges no podía precisar si sus primeros recuerdos se remontaban a la orilla oriental u occidental (Uruguay o Argentina), lo vio en ese trajinar absorto desde que naciera en pleno centro de Buenos Aires el 24 de agosto de 1899, en una casona gris de dos plantas de la calle Tucumán entre Suipacha y Esmeralda.

Pero ahondar en los detalles de su vida, si bien es grato, tratándose de alguien querido y admirado, no es creo, la mejor manera de recordarlo más allá de una amena velada entre amigos u hojeando las innumerables publicaciones que sobre él se han escrito. Borges a contraluz de Estela Canto, la muchachita de la que estuvo largamente enamorado: el álbum biográfico de Jorge Luis Borges compilado por Teodosio Fernández, los esbozos biográfico críticos de Marcos Ricardo Barnatán o Emir Rodríguez Monegal, dos borgeanos borgeólogos o, sin duda, la autobiografía dictada en inglés en 1970 a Norman Thomas di Giovanni, cuya versión completa en castellano recién apareció en 1999, son más que suficientes para

evocar al Borges hombre e iniciarse en su obra fascinante

A lo largo de 60 años Jorge Luis Borges escribió más de 40 libros (sus obras completas publicadas por Emecé editores, consignan 44). El primero publicado, luego de algun intento fallido, fue *Fervor de Buenos Aires*, un poemario de cuando tenía 24 años. Le siguieron algunos otros poemarios y luego volúmenes de ensayos eruditos y brillantes sobre una infinidad de temas. En 1944 se publica el libro de relatos. Ficciones y cinco años después, *El Aleph*. Dos volúmenes magistralmente escritos que muestran el dominio absoluto del autor sobre el género cuento.

Más allá del exquisito cultivo de esas vastas y autosuficientes áreas de la literatura, Borges no intentó la escritura de otras formas literarias (omitamos los prólogos y las geniales respuestas que daba en las innumerables entrevistas que concedió). Por ejemplo la novela. De hecho, su oposición absolutamente consciente a encarar la escritura de una novela es harto conocida y a lo largo de su vida Borges fue desgarrando un sin número de razones que explicaban aquella omisión. Solía decir que sólo creía en lo que se pueda escribir de una sentada. Juzgaba a la novela un género artificioso o, incluso a veces esgrimía como excusa una imposible pereza.

Sin embargo, si bien sin duda todas esas razones tienen su porción de verdad, deben ser matizadas en atención al conocido sentido del humor borgeano. Más íntimamente puede aventurarse una razón oculta o semi oculta para eludir la novela. Y esta razón no puede ser otra que la dedicada atención que Borges le daba al tiempo. Recordemos sus sendos textos en los que aborda la cuestión: *Historia de la eternidad* (1936), *Nueva refutación del tiempo* (en: *Otras inquietudes*, 1952) por citar sólo dos ensayos donde trata la cuestión de manera explícita. Y no se trata tanto de la obvia diferencia entre el tiempo que se requiere para escribir un poema de pocas líneas y el que se ocupa en la escritura de una

